



A modo de prólogo



*¡Dios, qué buen vasallo,
si tuviese buen señor!*

El Cantar del Mio Cid, verso 20



Este libro se comenzó a escribir el 24 de agosto de 2019 a las 7:42 de la mañana. Al desenchufar el teléfono que había quedado cargando durante la noche, noté que había un audio del profesor Luis Manuel Calleja. Con ilusión, lo activé. Luisma —en el resto de este prólogo me referiré a él de esta forma— estaba preparando su viaje a Montevideo como hacía cada año al promediar setiembre. Imaginé que me querría decir algo relacionado a los mil planes que solíamos hacer durante su visita. Sin embargo, la realidad fue muy diferente. Lo último que hubiera imaginado.

“Hola Pablo, buenos días, perdona que te interrumpa a estas horas. Te hablo por lo siguiente, vamos a ver... es que ayer me han descubierto que tengo un tumor en el esófago, no se sabe del todo si es benigno o maligno, me lo dicen en estos días y me tienen

que operar rápidamente por si las moscas. Si así son las cosas, y esto me lo confirman el lunes, este lunes, me va a ser muy difícil poder ir a Montevideo con las fechas que tenía originalmente acordadas, del 14 al...”

El audio siguió un par de minutos más en los que expresó su preocupación por los contratiempos que nos causaría y sugirió soluciones. Como siempre sucedía con Luisma, pensó en los demás y dejó lo suyo totalmente de lado.

Escribir un libro a dúo era un tema que salía recurrentemente. Me animo a decir que cada año. A medida que se acercaba la fecha de su regreso a Madrid, Luisma me instaba a que nos pusiéramos a ello. Yo siempre le decía que sí, porque efectivamente deseaba hacerlo. Sin embargo, por mil razones nunca lo cristalizábamos. En realidad, había una razón que era la que más pesaba. Yo nunca sentí que podía escribir algo con él. Estaba convencido, y lo sigo estando, de que firmar juntos una publicación me quedaba muy grande. Supongo que, en el fondo esa, y no otra, fue la causa principal por la que nunca acepté el envite, más allá de que de palabra siempre asentía.

Sé, por haber tenido la evidencia delante de mí, que Luis Manuel Calleja Corujedo era un sabio. Un hombre que sabía mucho de lo que había que saber. Con una capacidad de relacionar conceptos utilizando definiciones de múltiples disciplinas que no suele ser muy usual en el mundo del *management*, y menos aún en el atribulado universo de los académicos hiperespecializados. Afirmo, sin atisbo de duda, que era un sabio, porque al igual que

los que realmente saben mucho, no tenía el mínimo interés en aparentar que sabía. Esto se hacía patente en la capacidad de reírse de sí exponiendo sus limitaciones, tan propia de los que se sienten muy seguros de sí mismos; la de aquellos que no tienen interés en parecer, pues están seguros de lo que son. Además de lo anterior, hubo algo más que me llevó a concluir, hace ya mucho tiempo, que estaba frente a un hombre de una sabiduría excepcional. Luisma siempre escuchaba a su interlocutor con una actitud de aprendizaje. No importaba quién se le pusiera delante. Aunque lo estuvieran consultando, el posicionamiento que adoptaba era de sana curiosidad, de apertura a la novedad, en definitiva, más orientado a aprender que a enseñar. La demostración de mi tesis, la que dice que Luisma era un sabio, se remata con un detalle significativo: nunca tuvo empacho en responder “Chico, pues mira, que eso no lo sé, déjame ver, lo voy a pensar, pero no sabría decirte”; y lo decía mientras movía la cabeza lentamente, a un lado y al otro, casi con un gesto medio compungido, como el de quien se duele por no haber podido ser útil.

Quien no haya conocido a Luisma pudiera llegar a pensar que como buen sabio era una persona aburrida. En lo más mínimo, más bien todo lo opuesto. En realidad, solo quien nunca ha estado con verdaderos sabios puede imaginar que son personas sosas y tediosas. En el caso de Luisma, estar con él era garantía de entretenimiento asegurado. En modo juerga si el plan venía por ese lado, en tono agudo cuando la ocasión lo ameritaba, y en régimen de atención total cuando la conversación iba en serio.

Volvamos al 24 de agosto de 2019. Allí estaba yo, golpeado, procesando lo que acababa de escuchar en mi teléfono. En cuanto recobré el ánimo, mi primera reacción fue responder a su mensaje, eso sucedió a las 7:52, y enseguida mi mente se orientó a arreglar el entuerto que se nos venía. En cada viaje Luisma se encargaba de dar sesenta sesiones, de esas que son muy difíciles de sustituir, en realidad, imposible. Pero algo había que hacer. Lo hice debido a que me tocaba por mi cargo, pero también sabiendo muy bien que hasta que no tuviera un arreglo a su “no” venida, sería imposible que Luisma dejara de preocuparse por nosotros para poner la cabeza y todas las fuerzas donde debía hacerlo, en su enfermedad, en curarse, en salir adelante.

No recuerdo exactamente si fue ese mismo día o al siguiente, no más de eso, que la posibilidad de que Luisma falleciera se me hizo real. El pronóstico era complicado, y aunque la ilusión es lo último que se pierde, menos aún la fe en Dios, una idea comenzaba a incomodarme, ¿nunca íbamos a escribir aquel libro? El asunto me tuvo a maltraer un par de semanas. Hablé con Cecilia, su esposa, y le consulté qué le parecía la idea de escribir un libro a la distancia, en formato de diálogos. Le pareció una gran idea. Me animó a hacerlo, Luisma no estaba acostumbrado a estar inactivo. Apenas le hice el planteo, Luisma se mostró muy entusiasmado, enseguida me mandó un guion, temas a tratar, bibliografía, se mostraba tan activo que costaba recordar que estaba en pleno tratamiento de quimioterapia. Para mí era un negocio redondo, escribiría el libro con él, pero desde un rol en el que me sentía cómodo. Haría de *partenaire*, de escudero,

en todo caso de interlocutor informado. El libro sería de él, pero yo estaría presente.

Comenzamos a trabajar. Grabábamos los diálogos, desgrabábamos, los textos cruzaban el Atlántico y volvían con ajustes. También había una tarea grande de descarte. Era imposible conversar con Luisma y no derivar hacia los temas más impensados. A veces una jornada de trabajo se perdía desde el punto de vista del proyecto, pero no desde lo que ganaba mi experiencia, desde lo que yo aprendía. Así avanzamos rápido, hasta que en un momento la enfermedad obligó a hacer un alto. Yo sabía muy bien que el libro, el proyecto, le generaba una ilusión enorme. Un día, cuando apenas teníamos el borrador de algunos capítulos, me contó que se había reunido en su casa con la editora de un sello que estaba muy interesada en lo que estábamos haciendo. Yo quería lanzarlo lo antes posible, deseaba que él lo viera hecho realidad. También me daba cuenta de que su salud estaba muy frágil, luchaba con mucha gallardía, pero el tumor se resistía a los tratamientos. Hubo semanas en las que no pudimos avanzar. Ya entrado el nuevo año pudimos retomar el trabajo, seguimos avanzando, entrecortadamente, hasta que hubo que parar. Entre marzo y mayo Luisma grabó cuatro lecciones magistrales para nuestros antiguos alumnos. No se lo dije, pero me comprometí conmigo mismo a que si el libro salía tendría los videos incluidos. Eran demasiado buenos y con un significado enorme como para dejarlos fuera.

Hubo un momento en el que me di cuenta de que no llegaríamos a tiempo. El libro no se publicaría en vida de Luisma. Me desanimé y lo dejé de lado. Meterme con los

borradores me incomodaba, era un proyecto conjunto, de los dos, no me daba la más mínima ilusión lanzarlo sin su presencia. Hasta que llegó el 15 de julio del 2020. La noticia, no por esperada fue menos dura, triste. Luisma se había ido. Seguía estando, pero de una forma diferente. Una que exige un trato nuevo, al que hay que acostumbrarse, aprender. Y ahí estaba el proyecto del libro. Quieto, medio abandonado, pero presente. Una presencia molesta, que interpelaba. Pasaron un par de meses y no me decidía, hasta que sobre noviembre puse manos a la obra. La meta fue, y sigue siendo —cuando escribo estas líneas, las últimas que serán publicadas, las únicas que faltan—, lanzarlo en el primer aniversario del día en que Luisma comenzó su camino al Cielo.

Un último apunte. Luego de su fallecimiento se ha hablado y escrito mucho sobre Luisma en una faceta en la que sin duda alguna destacó. Su espíritu de servicio, desinteresado, gratuito, vivido en grado heroico, me animo a decir sin miedo a equivocarme. No hace falta dar testimonio de que fue así, artículos en periódicos de países muy distantes, actos académicos, notas en redes sociales, correos electrónicos recibidos por la familia y amigos, todos dicen lo mismo, era un hombre que vivió para servir. No tengo nada que agregar a ello, pero aviso que este libro no va por ese lado. Estos diálogos apuntan a otra cosa. Lo hacen sobre esa otra característica tan potente, tan poco común, tan extraordinariamente desarrollada. La de su sabiduría aplicada a lo práctico, al trabajo directivo, al hacer, que no al pensar, de la persona de vértice, como le gustaba decir siempre que podía.

Cierto es que Luisma invitaba a llevar una vida de servicio porque él así gastó la suya. Pero si no hubiera sido el sabio que fue, de poco hubieran servido sus ganas de servir, porque como nos mandató en el último minuto de su última clase, “para servir, hay que servir”, y bien cierto que él pudo porque supo cómo hacerlo.

Pablo Regent

Punta del Este, 4 de mayo de 2021